

# *La disputa del pasado*

*España, México y la leyenda negra*

**EMILIO LAMO DE ESPINOSA (COORD.)**

**MARTÍN F. RÍOS SALOMA**

**TOMÁS PÉREZ VEJO**

**LUIS FRANCISCO MARTÍNEZ MONTES**

**JOSÉ MARÍA ORTEGA SÁNCHEZ**

**MARÍA ELVIRA ROCA BAREA**

**GUADALUPE JIMÉNEZ CODINACH**



**TURNER**

## ÍNDICE

Presentación. Tiempos de memoria, tiempos de olvido, tiempos de reconciliación	9
<b>La realidad. De la Conquista al Virreinato y a América Latina</b>	
Conquista, ¿qué conquista?	33
Colonia, ¿qué colonia?	59
Una civilización propia, pero ¿cuál?	85
<b>... y su representación. ¿Una renacida leyenda negra?</b>	
Bárbaros, ¿qué bárbaros?	115
Mirada, ¿de quién?	135
Frontera, ¿con quién?	161
Navegación en mares procelosos. A modo de epílogo	187
Bibliografía	221
Notas	229

## PRESENTACIÓN

*Tiempos de memoria, tiempos de olvido, tiempos de reconciliación*

Emilio Lamo de Espinosa

**L**a tarde del 21 de octubre de 1940 tuvo lugar en el Hotel Ritz de Madrid un homenaje a Heinrich Himmler, entonces director de la policía de Hitler. Era anfitrión el director de la policía franquista y posterior alcalde de Madrid, conde de Mayalde, quien en su discurso dijo:

Comaradas italianos y alemanes, si existe un pueblo de memoria histórica, es el español, por ello no podrá olvidar las afrentas de que ha sido objeto durante varios siglos de decadencia por ciertos odiados poderes del mundo.<sup>1</sup>

Sospecho que puede ser una de las primeras referencias a la “memoria histórica” de los pueblos, referencia que a Himmler seguro le sonó a conocido pues toda la ideología nazi se basaba en la venganza frente a la humillación sufrida por Alemania en el Pacto de Versalles y la “puñalada por la espalda” supuestamente asestada por la República de Weimar. El futuro como venganza de un pasado humillante.

Una anécdota reveladora de cuanto de confuso y turbio hay en la expresión *memoria histórica*, que hoy regresa, con frecuencia por el otro lado del espectro político, aunque siempre con la misma vocación totalitaria que entonces. La memoria confundida con la historia y como instrumento de propaganda. Pues memoria e historia no riman, salvo que se haga por un *diktat* del poder que impone una y otra.

Este libro nace en el contexto de numerosas reivindicaciones de supuestas “memorias históricas”, y lo hace a partir de alguna constatación y no pocas perplejidades. Por una parte, la constatación de que parece ser necesaria una reconciliación del mundo hispano consigo mismo y de algunos países con su propia historia (es el caso de España

o de México), pero también de la dificultad de articular una historia común a un “nosotros” discutido y debatido. La perplejidad emerge al constatar que quizá esa reconciliación no es del todo necesaria, pues nunca se produjo la separación y ésta es producto de las estrategias políticas cortoplacistas más que de la verdadera memoria colectiva, otra más de las muchas “tradiciones inventadas” que las cambiantes historias nacionales van produciendo. ¿De verdad hay las fisuras que algunos perciben? ¿Acaso nuestras sociedades necesitan conciliarse, o son los políticos quienes nos invitan a la división, para luego imponer *su* reconciliación?

Y se trata de un libro pensado de modo coral, como una serie de voces, distintas, en lo que cuentan, pero también en los presupuestos de ese narrar, pero que confiamos en que puedan entonar una historia unitaria o al menos iniciar un camino que lleve a ello. No pretende ser –parafraseando a Churchill– el comienzo del fin sino, modestamente, el fin del comienzo. Por ello hemos buscado voces de ambos lados de las sensibilidades, pero también de ambos lados de la hispanidad. También, de generaciones distintas y de ambos géneros. Que ello acabe articulando una melodía o un griterío es el riesgo que hemos corrido quienes hemos animado esta aventura. Que va de memorias personales o colectivas, de historias rigurosas o maliciosas y, sobre todo, de olvidos y perdones.

#### DE MEMORIAS Y OLVIDOS

Las sociedades, todas, del pasado o del presente, son memoria, que es el sustento de las tradiciones y herencias y, por lo tanto, la raíz de rutinas, hábitos, actitudes y creencias. Por ello el mejor predictor del futuro de cualquier país es su pasado. Los pueblos, al igual que los individuos, no pueden librarse de la mochila de su historia y de su linaje que, como todas las estructuras o los *habitus* (por decirlo en argot sociológico moderno) son al tiempo limitación y recurso, habilitan para ciertas cosas pero constriñen para otras; todo modo de ver es un modo de no ver. Es lo que nos enseñó Maurice Halbwachs en *Les*

*cadres sociaux de la mémoire* (1925), donde ya consideraba al fenómeno de la memoria como una representación colectiva en el sentido de Emilio Durkheim, algo que existe más allá de las conciencias individuales, más allá de la subjetividad.

Y ello porque la memoria se plasma en hitos objetivos, se condensa en escenarios que tienen sus lugares (sus espacios), pero también sus tiempos (sus momentos), unos y otros colectivos, sociales. Espacios sagrados cargados de energía numinosa que llaman a la reverencia y el recogimiento, pero también tiempos, momentos, que marcan el ritmo de la vida social. Las onomásticas o los cumpleaños de las personas se doblan en conmemoraciones colectivas que pretenden sacarte de lo ordinario, de lo profano, para introducirte en el ámbito de lo intemporal y lo extraordinario. Como si la dimensión temporal de la existencia quedara cancelada al establecerse una conexión directa entre el pasado y el presente. *Lieux de la mémoire*, los llamaba Pierre Nora.

Y ya señalaba Nora lo que es quizá el tema central de este libro: que “la historia se escribe hoy bajo la presión de las memorias colectivas” que pretenden “compensar el desenraizamiento histórico de lo social y la angustia del futuro valorizando un pasado que hasta entonces no se había vivido así”. El conde de Mayalde no lo decía peor: la memoria, no como recuerdo del pasado, sino como modo de compensar las frustraciones del presente, tarea a la que (al parecer) no pocos historiadores y muchos políticos se prestan con generosidad siguiendo esa regla que fijó Nietzsche: las guerras hacen vengativo al vencedor y resentido al vencido. Y me temo que en esas seguimos a uno y otro lado del Atlántico: abusando la llamada memoria para lo uno y lo otro, haciendo mofa, no solo de la historia, de la verdad histórica, sino incluso de la verdadera memoria. Como decía la vicepresidenta del Gobierno español en la presentación de la Ley de Memoria Histórica (la segunda ley, la de la memoria “democrática”, pues la primera, de 2007, no fue suficiente), la ley “pretende aportar luz al pasado y construir el futuro”. Como en esas películas de ciencia ficción en la que el protagonista es proyectado al pasado para poder así, desde allí, cambiar el curso de la historia y arreglar los problemas del presente. Pero todo ello no es ciencia sino ficción, pues no es posible cambiar el pasado, de modo

que, ¿hablamos del pasado o hablamos del futuro cuando invocamos la memoria? Es decir, ¿se trata de invocar la memoria existente o más bien de construir un futuro específico, y no otros posibles?

Memoria e historia aparecen así contrapuestos, como los dos extremos de un continuo. La memoria es individual y personal, es subjetiva y particular, tiene un punto de vista particular, una mirada. Es también mi mirada contra la tuya y, en ese juego de espejos, ¿cuál es más creíble, más respetable? La historia es (o debe ser) lo contrario: objetiva, rigurosa, impersonal, universal. No *mi* historia, sino *la* historia. Memoria e historia se contraponen, así como lo subjetivo a lo objetivo. Pero también se entremezclan, pues la historia, o mejor, las historias, alimentan la memoria, y acabamos recordando lo que nunca vivimos. La propaganda reiterada tiene ese efecto, que el maestro Goebbels conocía perfectamente. Pero también al revés, la memoria colectiva –como decía Nora– dirige en buena medida la pesquisa histórica, de modo que acabamos sabiendo mucho de algunas cosas, pero ignorando y silenciando otras. Y como en una burbuja de las actuales redes sociales, se retroalimenta. “La historia –decía Hobsbawm y reitera Martín Ríos– contiene no la memoria colectiva sino los acontecimientos que han querido ser recordados por quienes tienen esa función”. Lo demás es olvido.

En todo caso, ni la memoria ni la historia pueden ser objeto de legislación o mandato en sociedades libres. Ni se puede mandar lo que debo recordar (es un absurdo), ni menos aún legislar sobre lo que es verdadero o falso. Por ello bien harían los políticos, de uno u otro signo, en retirar sus manos de esas materias pues su intervención, siempre interesada, no hace sino enturbiarlo todo: la memoria, la historia y, a la postre, la convivencia.

#### EL “ENCONTRONAZO” Y SU LECTURA

Pero nosotros, los hispanos todos, confrontamos inevitablemente unos tiempos de memoria que, sospecho, deberían ser de historia. Y ese es el problema: que no podemos evitar las conmemoraciones, pero